

se nota. Las temperaturas más elevadas que en la ciudad del Cabo se han observado vacilan entre 38°, las de Graaf Reynet entre 40° centígrados. También es notable la diferencia entre el calor del día y el fresco de la noche, debida á la sequedad y transparencia del aire. En la meseta del interior no son raras las heladas, pero constituyen fenómenos pasajeros, de la misma manera que las nevadas, que sólo llegan á formar una capa de nieve en las montañas. Un clima sin invierno, tal como se encuentra de una manera muy marcada en el Sud de África, ejerce, bajo algunos conceptos, una influencia tropical sobre los hombres: en éstos falta, como observa G. Fritsch, la influencia tonizadora que sobre las fibras orgánicas tiene el frío del invierno, y por esto se observa una decadencia gradual de las funciones corporales, que se manifiesta especialmente por una pérdida de energía y por una laxitud en los movimientos. Este influjo aparece así en los blancos inmigrados como en los naturales del país, fenómeno corroborado, á lo menos en apariencia, por la afirmación, un tanto sospechosa sin embargo, de que en el África meridional los mismos animales domésticos son más dóciles, más mansos y más amables que en otras partes, incluso el perro y el gato.

La flora del Sud de África, especialmente en el territorio del Sud del Orange, es extraordinariamente rica, más rica y sobre todo más especial que en ninguna otra comarca, en proporción á la extensión del mismo. Esta flora con sus 8,000 especies desarrollándose en un clima nada favorable á la vegetación, constituye un verdadero enigma que sólo puede resolverse por el estudio histórico del desarrollo gradual de la vida vegetal de la tierra. Considerada, empero, desde el punto de vista de la utilidad para el desenvolvimiento humano, se nos aparece pobre é insignificante. Comienza por ser desfavorable el hecho de que las principales plantas pertenecen al género de los arbustos, de suerte que faltan en este país los bosques propiamente dichos y los prados en el sentido que á esta palabra dan los pueblos del Norte. Pero además de esto, son allí casi completamente inútiles para el hombre las familias características de las proteóideas, ericáceas, pelargonias, lobelias, crasuláceas, oxálidas y orquídeas. El único fruto cuya utilidad puede ser comparada con la de nuestras clases de frutos, es el higo hotentote (*Mesembryanthemum edule*), que constituye uno de los árboles más abundantes en el país del Cabo: comido al natural es de sabor insípido, pero confitado es un manjar agradable. La grosella espinosa del Cabo (*Physalis pubescens*) ha sido, á pesar de su nombre, calificada por algunos de vegetal importado. Los frutos del castaño cafre (*Brabeium stielatum*) son comestibles después de haber estado durante algún tiempo en remojo. Las cebollas de *Ixias* y otras liliáceas son uno de los principales alimentos de los bosquimanos y de los korannas, lo propio que el meollo de la gruesa raíz del pie de elefante (*Testudinaria elephantipes*) y el de las ramas de la *Zamia*. Las flores de la planta acuática *Apomogelon distachys* se comen como alcapparras ó en sustitución de los espárragos. Como plantas medicinales, gozan de gran fama en la colonia algunas clases de *Diosma*, el *Arctopus echinatus* y sobre todo el áloe ó acibar: este último es el único cuya fama se ha extendido por el extranjero, á donde se exporta anualmente en gran cantidad su espeso jugo. También se atribuye cierta virtud medicinal á la miel de las nactaradenas de la *Protea mellifera*. La baya de cera (*Myrica cordifolia*) produce una cera vegetal tan buena como la de las abejas. Con esto queda completada la lista de las plantas que tienen importancia para el hombre, debiendo añadir tan sólo que la falta de verdaderos talleres de árboles se ha dejado sentir ya ahora en la despoblación de bosques

realizada con extraordinaria rapidez, que ha influido de un modo doblemente funesto, dadas las circunstancias de aquel territorio, puesto que las yerbas naturales no crecen en cantidad bastante para la cría de bueyes en gran escala.

Dadas estas circunstancias, no es de extrañar que los pueblos que tal país habitan no hayan pasado de un grado muy ínfimo en el fomento de la ganadería y de la agricultura, pues sólo en determinados lugares, y ricos dones de la naturaleza. En general, esa región no es favorable á una explotación constante, sedentaria, y esto lo han experimentado no sólo los indígenas sí que también los colonos europeos, dotados de mayor inteligencia, perseverancia y prudencia y provistos de mejores utensilios y animales domésticos, en cuya prosperidad y progreso dejó sentir su influencia una inclinación, las más de las veces funesta, á la vida nómada.

Para comprender este rasgo especial del carácter, hay además que tener en cuenta la fauna del Sud de África. Lo que en la descripción general se ha dicho respecto de la fauna de una gran parte del país puede en primer término aplicarse á la región meridional del África. Los primeros europeos encontraron en ésta un número extraordinario de paquidermos colosales: elefantes, rinocerontes, hipopótamos, búfalos, cabras salvajes, jirafas, cebras, cuagas y antílopes, en número y variedad verdaderamente sorprendentes (casi las tres séptimas partes de las especies conocidas las encontramos en el espacio, relativamente reducido, que se extiende desde el trópico de Capricornio hasta el extremo Sud). Hoy en día, una gran parte de estos animales — cazados los unos para distintos objetos, muertos otros por mero capricho y propios todos para llevar la pasión cinegética, aun la de los blancos, á un grado contrario á la propagación de la cultura — ha sido acorralada en los territorios templados del África meridional. Centenares de miles de gacelas, en otro tiempo más funestas para los campos y prados de los boers que las plagas de langostas, han desaparecido hoy por completo. Algunos elefantes habitan los bosques cercanos al gran río de los Pescadores, y sólo se presentan en número que compensa las molestias de la caza en el Sud del Zambezé y únicamente en los territorios de los matabeles y de los damaras. Los rinocerontes han desaparecido del país del Cabo desde 1833 y los hipopótamos, antes tan numerosos, desde 1857; en cuanto á los búfalos, sólo los encontramos en los pequeños territorios. El avestruz se ha salvado de sufrir igual suerte por haberse convertido en animal doméstico. Los animales carnívoros, que probablemente existieron allí en otro tiempo en la misma abundancia que los rumiantes y los paquidermos, escasean cada día más: el león, especialmente, ha llegado á ser un animal raro. En cambio, abundan los leopardos y las hienas y el lobo terrestre (*Proteles*), tan característico para la fauna sud-africana; el leopardo es considerado como uno de los carnívoros más peligrosos y más dañinos. El chacal es muy común y desempeña un papel importante en las leyendas populares de los indígenas. En el género de las aves, prescindiendo del avestruz, sólo hay que notar una gran relación inmediata entre ellas y el hombre respecto de algunas clases útiles insectívoras, cuya importancia se comprende con sólo tener en cuenta la gran riqueza de insectos que el África posee. Las langostas, las hormigas blancas y las polillas sólo encuentran un freno en sus devastaciones en las golondrinas, en las golondrinas cruzadoras de estepas, cornejas, merópidos, estorninos, bufagos, avefrías y grullas, cuya principal ocupación consiste en comerse á aquellos insectos. Además, las muchas aves de

rapaña son de gran utilidad, pues se comen á los animales fieros y domésticos muertos, cuyo número es extraordinario dada la abundancia de los mismos en aquel país. Entre los pájaros que pueden ser cazados merecen citarse en primera línea las pintadas, y distintas especies de perdices y de codornices; pero la caza de pluma tiene escasa importancia entre los sud-africanos. Respecto de los reptiles, abundan en Natal las serpientes; el cocodrilo sólo deja de verse en las comarcas templadas, y las tortugas, de las cuales se saca la concha, las encontramos en la orilla de la bahía de Delagoa. La abundancia de peces en los ríos y en las costas es extraordinaria, y por esto extraña tanto más la aversión que hacia la pesca muestra una gran parte de los sud-africanos, especialmente los betschuanos. De la clase de insectos mencionaremos finalmente la mosca zezé, cuya importancia es tal que sirve de norma á la difusión del hombre y de sus animales domésticos en ciertos territorios. De todo lo dicho resulta la certeza de que podríamos, y aun en parte deberíamos, establecer estrechas relaciones entre el reino animal y el hombre.

CAPÍTULO II

GENERALIDADES ACERCA DE LOS SUD AFRICANOS DE COLOR CLARO

«Me parece que estos son pueblos africanos primitivos.»

PEDRO KOLB

Situación de los sud-africanos de color claro entre los pueblos del África. — Relaciones entre bosquimanos y hotentotes. — Idioma de los hotentotes. — Afinidades etnográficas y tradiciones

En el rincón estrecho y puntiagudo que, á modo de península, encontramos en el extremo de esta parte del mundo y que denominamos Sud de África, es de estudiar una parte de la humanidad africana de un carácter muy especial por lo que á la construcción, al idioma y á las costumbres se refiere. No son estos africanos los únicos en habitar este territorio, pero ocupan la porción más extensa y de un carácter más especial, al Oeste y al Sud, al mismo tiempo que la menos favorable á la cultura. Estas desfavorables condiciones que como punto de residencia ofrece, merecen ser tomadas en consideración, si se quiere entender bien su estado, en muchos conceptos de inferioridad suma, dentro del círculo de los pueblos africanos, puesto que en ningún punto se presentan condiciones á propósito para la agricultura y aun la misma ganadería se hace imposible en millares de millas cuadradas por tener el suelo árido y pedregoso. Si á esto se agrega la falta ó por lo menos pobreza de trato, de que es causa su situación en un extremo y borde del territorio, hasta que los europeos se fijaron en las costas, se comprenderá la escasa cultura que tales poblaciones tienen y que forma contraste con la de los mismos negros del Sud, á pesar de distinguirse éstos bien poco bajo este concepto. La pobreza que las caracteriza es la misma que vemos en todos los ángulos remotos de nuestro planeta, así en la Tierra del Fuego como en Tasmania, así en la comarca del Labrador como en la Laponia. En aquéllas, sin embargo, preséntase otra diferencia antropológica ó etnográfica más profunda, diferencia que veremos claramente cuando describamos los dos grupos de sud africanos de color claro, los bosquimanos y los hotentotes, y que ahora podemos indicar diciendo que estos pueblos se distinguen de la gran masa de los africanos por su pequeña estatura, por el color claro de su piel y por algunos otros

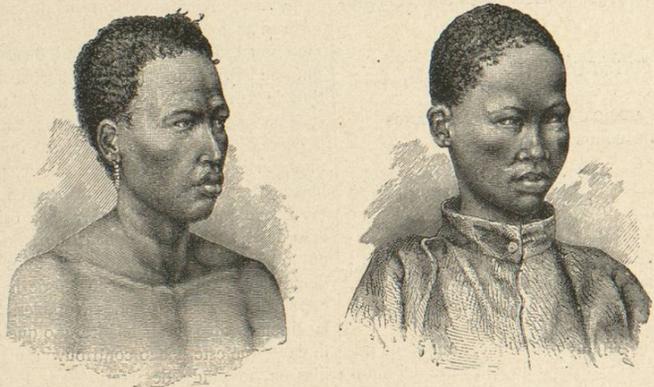
rasgos anatómicos menos importantes: sus idiomas son especiales, y lo mismo puede decirse de muchas de sus costumbres. En contra de la hipótesis de que estas cualidades son efectos de la separación realizada en condiciones de naturaleza menos favorables, puede oponerse lo que sucede con otros pueblos semejantes de los más distintos territorios del África central, lo cual, siendo innegable á pesar de las muchas deficiencias que en ello se notan, presta á la aparición de estos sud-africanos de color claro un mayor interés, á saber el de que sean quizás un resto único y conservado compacto de una población en otro tiempo, según todas las apariencias, mucho más extendida y expulsada de una gran parte de África por las tribus de los negros propiamente dichos, hoy en ella dominantes.

Esta expulsión y esta intrusión se realizaron, al parecer, en el Sud de África del modo siguiente: los negros invasores, y en este caso los cafres propiamente dichos, se apoderaron de la parte más favorecida del Sud de África, la del Este, cuya frontera con los hotentotes y bosquimanos forma actualmente una línea que divide casi toda el África meridional, desde el lago Ngami, ó sea desde el 20.º Después de lo que llevamos dicho acerca de la naturaleza del Sud de África se comprende que estas tribus antiguamente sedentarias en estos territorios (con toda intención evitamos la expresión «habitantes primitivos» que se presta á malas inteligencias) sufrieron la peor suerte, pues los invasores, más fuertes, les señalaron para residencia el lado occidental. Puede, pues, sospecharse que la osificación ó el retroceso de estos amarillos sud-africanos, que han permanecido en un grado de cultura inferior al de los mismos cafres, sea debida en gran parte á este hecho de haber sido llevados á condiciones de vida más desfavorables. Sobre este particular diremos algo más adelante. Lo que está fuera de toda duda es que este hecho contribuyó á mantener á esos pueblos en un grado de inferioridad. Prescindiendo de las condiciones naturales menos favorables, hubieron de verse obligados á sostener una doble lucha por la existencia: los bosquimanos tuvieron que luchar con los cafres en defensa de su caza y con los hotentotes en defensa de sus pastos: además aquéllos y éstos hubieron de luchar entre sí cuanto más acorralados se veían, lucha inevitable entre cazadores y pastores y que forzosamente estalla en donde quiera que la desgracia les obligue á vivir juntos en un espacio reducido. El bosquimán, á falta de fieras y sin cuidarse de las tribus afines, tomaba por antílopes, cebras y avestruces á los carneros, cabras y bueyes; de aquí la enemistad mortal y tradicional entre los hotentotes y bosquimanos, enemistad que pudo contribuir á crear entre sus rasgos étnicos un antagonismo que quizás en su origen no revestía tan notables proporciones.

Consideradas imparcialmente las relaciones antropológicas que entre los dos pueblos sud-africanos de color claro existen, pueden resumirse en lo siguiente: el bosquimán presenta rasgos más puros y más marcados que el hotentote. Si, prescindiendo del color, tomamos como rasgos más ó menos comunes á ambos, la pequeña estatura, la piel clara y arrugada, las manos y los pies pequeños, el cabello ensortijado en forma de granos de pimienta, los perforados húmeros, los vómers prematuramente osificados, y entre las mujeres la abultada región anal y el llamado delantal hotentote, veremos que estos detalles aparecen siempre más marcados y más persistentes en los bosquimanos que en los hotentotes.

El carácter de los primeros es más salvaje y animal que el de los últimos, lo cual armoniza perfectamente con la profunda diferencia etnográfica que existe entre la vida errante

de aquéllos y la vida pastoril de éstos. Esto fué quizás origen de la opinión que atribuye la debilitación de los caracteres de los hotentotes á la mezcla con las tribus bantúas, con las cuales tenían de común la vida con los rebaños, que tanto contrasta con la de los bosquimanos. Hamy y Quatrefages han dado en su *Crania ethnica* un fundamento científico á esta teoría, que fué ampliada por el último cuando dijo: «Todos los pueblos del Sud de África, excepción hecha de los bosquimanos, son en su esencia poblaciones mestizas salidas de distintos cruzamientos de negros con bosquimanos. Por insensibles gradaciones se llega del zulú al hotentote, y esto se prueba, no sólo por el aspecto exterior, sí que también por el cráneo.» Hamy y Thullie se expresan aún más concretamente, presentando como producto de una de esas mezclas la tribu bethchuana de color claro de los makoldos, lo cual es puramente hipotético. En cambio, parece fuera de toda duda que los gonaqúas, hoy



Jóvenes bosquimanos del lago Ngami. — (De una fotografía que posee el Sr. Fabri, en Barmen)

tan entre los primeros y los negros, de suerte que podría enunciarse la opinión de que no existe ningún bosquimán puro, ó de que si existe, hay que buscarlo en los parajes inaccesibles del Sud de África (véase el grabado de esta página).

En lo que se refiere á las mencionadas relaciones con las negras tribus vecinas del Norte y del Este, Bleek ha prestado un importante servicio demostrando decididamente lo que á estos pueblos une, después que durante mucho tiempo solamente se había hecho notar lo que les separaba, así desde el punto de vista antropológico como desde el etnográfico. En una investigación especial que hizo para probar los puntos de contacto entre cafres y hotentotes existentes, vino á parar á las siguientes conclusiones esenciales: 1.ª La mayor parte de las cualidades á unos y á otros comunes se presenta en aquéllos de una manera general, al paso que aparece en éstos limitadamente; lo cual demuestra que estos últimos hubieron de sentir la influencia de los primeros. 2.ª Las cualidades especiales de los hotentotes y de los bosquimanos, que se separan de las del resto de los pueblos sud-africanos, hacen que aquéllos puedan ser incluidos en el número de pueblos del Norte de África y del Oeste de Asia, tales como los egipcios, los semitas, los tuaregs, los galas, etc., y probablemente también en el de los pueblos indo europeos ó arios. De esto se desprende que la situación actual de los hotentotes y bosquimanos es resultado del hecho de que algunas tribus invasoras de la familia de los cafres cortaron las comunicaciones que aquéllos te-

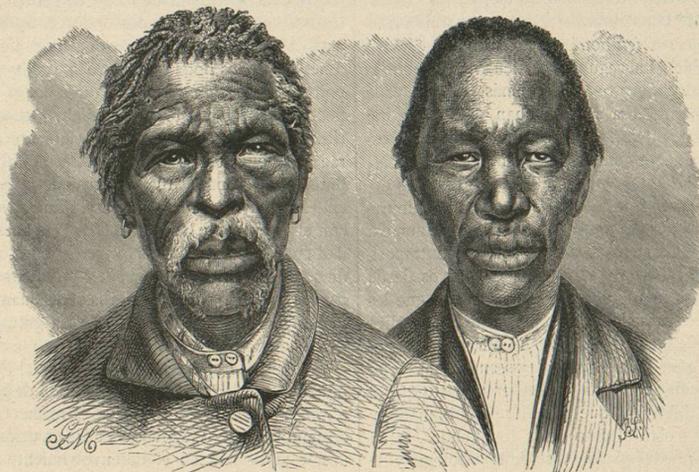
desaparecidos de la escena, que eran contados entre los hotentotes, constituían un pueblo parecido, no sólo exteriormente, sino en las muchas palabras cafres que su idioma encerraba, á sus negros vecinos, cuyo pueblo acabó por fundirse en los cafres á consecuencia de continuas mezclas. Por lo que hace á los actuales hotentotes, Gustavo Fritsch ha admitido recientemente la posibilidad de su naturaleza mestiza, llamando, en su obra *Indígenas del Africa*, más de lo que puede justificarse, la atención sobre la diferencia específica que existe entre ellos y los bosquimanos. Por lo demás, anteriores observadores habían ya demostrado que unos y otros estaban unidos por una larga serie de mestizos; así, por ejemplo, toda la tribu de los koranas no es más que un resultado de la mezcla de hotentotes con bosquimanos. Algunos viajeros, como Holub, han demostrado las muchas semejanzas que entre los bosquimanos y los hotentotes existen; otros, como Livingstone, las que se no-

nían con sus afines del Norte, desde el momento en que, procedentes del Oeste, fueron empujando delante de sí á dichos bosquimanos y hotentotes á lo largo del lado oriental del África. La consecuencia que, refiriéndose á la admitida afinidad de hotentotes y bosquimanos, declara el estudio de esta afinidad, de gran importancia para la prehistoria de los pueblos civilizados, no hacemos más que indicarla, pues harto por sí misma se comprende. En cambio, no podemos dejar de añadir que esta opinión, ligeramente indicada, de una afinidad de los hotentotes con los norte-africanos ha encontrado recientemente un erudito y elocuente defensor, en el terreno filológico, en R. Lepsius, quien admite de una manera concreta que los hotentotes pertenecen al grupo de las hamitas emigrados del Asia, los cuales, dirigiéndose primero hacia el Sud, empujaron á los negros, quienes posteriormente volvieron á extenderse y cortaron las comunicaciones de aquéllos con sus afines norte-africanos. Desde el punto de vista antropológico, Roberto Hartmann encuentra en los bosquimanos y hotentotes «muchas de las cualidades de la raza negra, bien que transformadas en un sentido especialmente nacional,» y aun cuando no pudo negar á ellos ni á los «pigmeos» del centro de África ciertas singularidades desarrolladas en los mismos de una manera independiente, no cree que su modo de ser físico y psíquico los aparte por completo de los nigricios. Según él, el llamado delantal hotentote no sólo se encuentra en el Sud de África sí que también se le ve muy á menudo en todo el continente y

aún en Europa. La formación de arrugas en la piel aparece en los mal alimentados nigricios, berberiscos y egipcios, tanto ó más que en aquellos sud-africanos. Las locuciones castañeteadas las encontramos, no sólo entre los hotentotes, sí que también entre los bantús y aún entre otros negros, bien que en éstos en un grado más moderado, pero siempre notable. Por último, sus usos y sus costumbres, á pesar de ciertas particularidades, ofrecen muchos puntos de contacto y acusan un origen africano. La concentración de estos y otros caracteres en este grupo de pueblos ofrece, sin embargo, — como todos lo reconocen, — un fundamento suficiente para distinguirlos, comparados con sus vecinos próximos y lejanos, como un fenómeno especial y propio, cuyo color indudablemente africano no puede ocultar por completo las huellas de cualidades particularistas,

que consisten en la estructura del cuerpo y del idioma, en las costumbres y en el modo de pensar.

Volviendo á la situación en que los dos principales grupos de sud-africanos de color claro se encuentran respectivamente, nada nos la dará á conocer tan bien como el estudio de las ideas que los unos de los otros tienen; y desde este punto de vista nada hay tan característico como aquella leyenda de los hotentotes sobre el origen del género de vida de los bosquimanos, tan distinto del suyo, que dice así: «En un principio había dos hombres: el uno era ciego, cazador el otro. Este cazador encontró por fin una cueva en la tierra, de la cual salían fieras, y mató los cachorros. El hombre ciego los palpó y dijo: «Esto no es una fiera sino una res.» Después de esto el ciego recobró la vista, y fué con



Dos namaquas. — (De fotografías que posee el Sr. Fabri, en Barmen)

el cazador á la cueva y vió que había en ella vacas con sus becerros. Entonces construyó precipitadamente un kral á su alrededor y se untó como un verdadero hotentote (con bálsamo de diosmea). En el entretanto, el otro pasaba grandes apuros buscando el venado, y cuando vió lo que aquél hacía quiso también untarse. «Mira, — dijo el otro; — antes de untarte, has de poner el bálsamo al fuego,» y habiendo aquél seguido su consejo, las llamas se levantaron y le quemaron horriblemente el rostro, de tal suerte que se dió por contento escapando con vida de allí.—El otro le gritó en tono de burla: — ¡Eh! ¡tú! toma tu kirri (maza) y corre á la montaña, en donde podrás buscar miel. — Este es el origen de los bosquimanos.» Se ha hecho notar que la ausencia del segundo vecino actual de los hotentotes en esta leyenda etnogenética, puede indicar que ésta data de una época en que los hotentotes no se habían puesto todavía en contacto con los cafres.

Acerca de las diferencias y de las analogías que en punto al lenguaje se observan, tenemos los datos reunidos por Bleek, quien, en la memoria que sobre sus estudios filológicos dirigió en 1873 al gobierno del Cabo, consignó las siguientes observaciones relativas á la situación existente entre el idioma de los hotentotes y el de los bosquimanos: los dialectos bosquimanos de la colonia del Cabo se diferencian muy poco entre sí, no hablándose en ésta un solo idioma bosquimán que se diferencie de los demás como se diferencia del de los hotentotes. Este idioma, como suce-

dió con el hotentote, pudo en otro tiempo haber constituido una separación de géneros, pero hoy no es así. En vez de las ocho formas que para cada pronombre tiene el hotentote, el bosquimán sólo posee dos, que generalmente son usadas para el singular y para el plural, con la particularidad de que la forma plural puede también indicar el singular con sólo añadirle el número uno. Esta particularidad puede muy bien guardar cierta relación con la concordancia. Así como el hotentote ofrece gran regularidad en la formación de plurales cambiando las terminaciones, el bosquimán presenta gran irregularidad en este punto, irregularidad que al parecer tuvo en su origen por fundamento una duplicación del singular sometida á varias abreviaciones. Al propio tiempo que estas diferencias, encontramos también algunas analogías: así, por ejemplo, en ambos es igual el prefijo del plural de la primera persona, y análogas son también la formación del vocativo y la forma relativa del verbo: la duplicación del radical del verbo sirve en ambos idiomas para expresar una relación causativa ó transitiva. Termina Bleek diciendo: «Hay muchas otras analogías en punto á la construcción, y existe un buen número de palabras que parecen comunes á ambos idiomas: algunas de estas palabras acusan desde luego un origen extranjero, y pasaron de uno á otro idioma fácilmente, dada la vecindad de ambos pueblos. A este número pertenecen las muchas expresiones abstractas que el bosquimán ha tomado indudablemente del hotentote, tales como los verbos apren-

der, enseñar, saber, escribir. Otras hay en gran número que los unos no tomaron de los otros, sino que todas las sacaron de una fuente común. Como todavía no se han determinado los fundamentos de las relaciones fonéticas de ambos idiomas, no puede hacerse ninguna comparación sobre una firme base científica. Pero en tesis general podemos admitir que el idioma bosquimán no es más afín del hotentote que el inglés lo es del latino, y aun podría muy bien ser que la distancia que entre aquéllos media fuera mayor que la que á éstos separa.»

Dada la oscuridad en que hoy todavía está envuelto el idioma bosquimán, hemos de limitarnos á caracterizar las más importantes particularidades del de los hotentotes. Ante todo, éste, contra lo que vemos en el de sus negros vecinos, es en alto grado dado á los sufixos, es decir, que coloca los sonidos marcados al final de la palabra radical; así, por ejemplo, de la palabra *Koi* persona, se forman *Koib* hombre, *Kois* mujer, *Koigu* hombres, *Koitu* mujeres, *Koin* gente, *hoi-si* amable. La segunda particularidad, que la distingue por igual concepto de los demás idiomas, es la separación de géneros, cosa á la cual han dado gran importancia los filólogos, puesto que, con insignificantes excepciones, sólo la encontramos en tres familias de idiomas, la de los hamitas, la de los semitas y la de los arios, es decir, en aquellas que, en opinión de Lepsius, son las únicas que poseen fuerza interna para crear una historia humana: éstas atendían de tal manera á la separación y contraposición de sexos que acabaron por hacerlos extensivos desde las personas á todos los objetos de la naturaleza que les rodeaban. Quizás es más claro y comprensible lo que dice Bleek de que las naciones que hablan idiomas en los cuales aparecen los géneros separados, poseen en más alto grado una concepción poética ó poetizadora, puesto que al hacer extensiva la diferencia que entre los seres humanos y entre los animales existe á los objetos inanimados, crean personificaciones que luego son base de la mitología y de otras creaciones poéticas. Para demostrar la eficacia de este misterioso agente, cita el antagonismo que existe entre el carácter personificador de la literatura popular de los hotentotes, que se inclina á las fábulas y á los cuentos, y la de los negros que reviste un carácter épico, histórico ó semi-histórico.

Esta distinción gramatical de géneros, tan sorprendente en todos los casos, — lo cual puede pensarse también de sus fundamentos, — la encontramos en el idioma hotentote de la misma manera que en los idiomas kuschíticos de los pueblos bedjas del Nilo central. Debemos, además, hacer notar como otro rasgo característico, la falta de armonía fonética, de preposiciones (que son sustituidas por postposiciones) y de prefijos nominales. Estos elementos que en ese idioma faltan son peculiares del de los bantús. Lo que da á la lengua hotentote cierto carácter extranjero son las voces castañeteadas que, como en ella, aunque en mayor número, aparecen únicamente en los idiomas bosquimanos. Teófilo Hahn consigna las cuatro voces castañeteadas del lenguaje hotentote: «1.ª La voz ó el sonido dental que se produce apretando la lengua contra los dientes anteriores y retirándola en una inspiración. El sonido que así se produce puede compararse con el sonido que tiene algo de beso y que se obtiene cuando se besa á uno «con los labios contraídos y en punta.» 2.ª El sonido paladial se produce aplicando la lengua un poco más arriba de los dientes anteriores, en la parte anterior del paladar, como si se quisiera pronunciar una *d* y retirándola luego con una inspiración: el ruido así producido se parece mucho al golpe de un pico de ave en un árbol. 3.ª El sonido cerebral se produce apli-

cando la lengua contra la cavidad central del paladar, es decir, aproximadamente en el sitio en que se coloca para pronunciar la *h*, y retirándola hacia dentro, al mismo tiempo que se hace una inspiración, obteniéndose de esta suerte un sonido parecido al de una botella de Champagne al saltar su tapón. 4.ª El castañeteo lateral es imposible de describir: prodúcese por medio de la lengua, de los dientes laterales, del paladar y de la inspiración del aire. Acústicamente, ese sonido se parece al del beso y al graznido de los patos y los ánades cuando se mueven dentro de un charco. Esta descripción en materia tan difícil es la más comprensible que conocemos, y aun el autor de la misma cree necesario añadir: «La anterior descripción y explicación del castañeteo es muy incompleta, siendo, á mi modo de ver, imposible describirlo de manera que un extranjero pueda hacerse perfectamente cargo de ello.» De esto puede deducirse cuántas dificultades ofrece el aprender estos idiomas. Algunos han sostenido que únicamente los órganos fonéticos de los hotentotes pueden producir estos sonidos, pero tal afirmación queda destruída por el hecho de que no pocos europeos han llegado á dominar uno ó otro de los varios idiomas hotentotes; por consiguiente pecan de exagerados los que atribuyen á tales lenguas un carácter fonético puramente animal. En las antiguas descripciones de viajes, era cosa muy común comparar el idioma de los hotentotes con el graznido de los pavos. Böving se acerca más á la verdad cuando compara «sus conversaciones con las de los judíos.» Estos castañeteos pueden producirse delante de todas las vocales, y en cuanto á las consonantes sólo delante de la dental *n*, de la faucial *h*, de las guturales *g*, *k*, *x*, *n* y de las faucial-guturales *kh*, y *hx*.

Además de las voces castañeteadas del idioma hotentote propiamente dicho, encontramos en el de los bosquimanos ó *san*, por lo menos otras tres de la misma clase y aun cuando también vemos algunas de ellas en otros idiomas africanos, esta riqueza en el desenvolvimiento de los mismos constituye una de las particularidades notables que sólo son propias de esos dos pueblos, el bosquimán y el hotentote. También tienen éstos la entonación, es decir, la posibilidad de pronunciar con distintos tonos palabras de la misma raíz, haciendo con ello cambiar su significación; pero esta particularidad la ofrecen asimismo los idiomas de sus vecinos de color más oscuro.

Por medio de analogías etnográficas se ha querido reforzar la semejanza que tiene el hotentote con los idiomas norte-africanos y sobre todo con los que admiten la distinción de géneros. De entre ellos sólo mencionaremos el hecho de que en las creencias y supersticiones hotentotes, por muchos que sean los elementos cafres que en ellas hayan entrado, aparece tan clara la adoración de la luna, que en ella puede reconocerse una diferencia con los presentimientos y los espíritus que forman parte de las creencias de los pueblos cafres. Sin embargo, la adoración de la luna la encontramos, bien que algo más debilitada, en casi todos los pueblos negros que conocemos. Tampoco hay que dar mayor importancia al hecho de que entre los hotentotes las mujeres cuiden de ordeñar las vacas, mientras que entre los vecinos cafres esta ocupación no sólo corresponde tradicionalmente á los hombres, sino que está, además, terminantemente prohibido á las mujeres penetrar en el kral del ganado. Todo lo más que de esto podría deducirse es que cada uno de esos pueblos ha tomado la ganadería de una fuente distinta. Los ganaderos norte-africanos hacen lo mismo que los hotentotes. En cambio, nos parece desdichada la idea de querer aducir como prueba un producto tan espontáneo del alma humana como la poesía, tal como lo hace Bleek al

querer ver una analogía entre la poesía hotentote y la poesía judaica del Antiguo Testamento, fundándola en la preponderancia del paralelismo, que, por lo demás, encontramos en las poesías de todos los pueblos. Un instinto poético como el que da origen á esta tendencia, es indudablemente el punto de apoyo menos seguro para una especulación etnográfica.

Tampoco podemos dar importancia á las tradiciones indígenas entre los beshuanos acerca de una emigración de sus vecinos de color más claro, que se establecieron en aquel país procedentes del Este. ¡Quién sabe á qué fragmento de este pueblo puede referirse esta tradición, caso de que sea fundada! En cambio, merece llamar la atención la escasa fuerza de resistencia de los hotentotes — tantas veces mencionada — contra el clima ardiente y húmedo del África central. Parece que la poca perseverancia — por todos reconocida — de estos amarillos sud-africanos y especialmente de la rama hotentote de los mismos, se adapta mejor al clima más fresco del Sud y viene, por ende, en apoyo de los que creen que aquéllos hace miles de años que habitan en aquellas partes más templadas. Otras circunstancias merecen también ser tenidas en consideración. El país septentrional de los namaquias abarca, en sus territorios desiertos, la parte más cálida de África, y á pesar de esto los hotentotes soportan allí el calor tan bien como los negros. Los hotentotes, como los damaras, que prosperan en el clima más fresco de las mesetas, se echan á menudo sobre la ardiente arena con la cara vuelta hacia el sol. «Estoy convencido — dice Chapman — de que un europeo que permaneciera diez minutos en esta posición se vería atacado de insolación.» El sistema usual de alimentación de los hotentotes es quizás más desfavorable que el de ningún otro pueblo africano, como lo hace notar Livingstone cuando dice que los griquias y los hotentotes, á causa de su alimentación más nutritiva, — pues se alimentan de carne — son los menos á propósito para habitar las comarcas de los Trópicos tan favorables al desarrollo de las fiebres. Probablemente el uso de los manjares grasos les perjudica notablemente bajo este concepto.

Si resumimos todo lo que puede decirse acerca de las relaciones de los sud-africanos de color claro entre sí y con los demás pueblos de esta parte del mundo, veremos que la semejanza corporal entre ellos aparece fuera de toda duda, al paso que la analogía entre sus idiomas se presenta todavía muy dudosa. Algunos hechos demuestran la existencia de otras más marcadas relaciones entre aquéllos y los norte-africanos de color claro, que entre ellos y los negros interpuestos entre unos y otros; pero todo esto, no son, por ahora, más que simples hipótesis que la ciencia ha de fijar más positivamente. No creemos tomar una falsa senda admitiendo con Teófilo Hahn un pueblo primitivo bosquimán-hotentote, que, hasta la época en que comenzaron las inmigraciones de los cafres del Norte, ocupó una gran parte del Sud de África, y quizás todo, hasta el Zambezé y el Cunene, y en el seno del cual habíase realizado, mucho antes de este punto capital de la historia sud-africana, la separación de las dos ramas (hotentotes y bosquimanos) en que hoy lo encontramos dividido. Los ulteriores descubrimientos de pueblos pequeños de color claro y parecidos á los bosquimanos existentes en el interior de África, quizás obliguen á ensanchar más hacia el Norte las fronteras que á estas tribus de color claro se han trazado y hagan verosímil la antigua unión de los mismos y la existencia de un pueblo africano primitivo, como sucedió á consecuencia de las noticias relativas á la existencia en el Sudán y en el Mar Rojo de trogloditas de color claro que habitaban en cavernas y de los cuales eran desconocidos los animales domésticos y agrícolas. La emi-

gración de los cafres hacia el Sud, que avanzó más en el lado Este que en el Oeste y que se prosiguió, sin resistencia de los europeos con los cuales se encontraron aquéllos en 1654, hasta el extremo meridional de esa parte del mundo, hubo de realizarse indudablemente de tal suerte que permitió el cambio mutuo de ideas, de conocimientos y de usos, y también hasta cierto punto las mezclas de sangre: los hotentotes son los que más han sentido estas influencias. Todos los trabajos realizados en el trascurso de dos siglos nos han hecho volver felizmente á la opinión con que Pedro Kolb termina su discusión sobre las semejanzas entre los hotentotes por un lado y los judíos y trogloditas de la antigüedad por otro: «Me parece que todos éstos son pueblos africanos primitivos que — por lo mismo que siempre eran arrojados de sus residencias y cada vez más alejados de las que originariamente tuvieron — se unieron así á los judíos que allí habían ido á parar como á otros pueblos africanos, especialmente los cartagineses, y acabaron por dirigirse á este extremo del país, estableciéndose en él y agrupándose familiarmente. Y como se habían reunido tantas naciones, cada una tomó algo de las demás y olvidó sus usos particulares, creándose desde entonces entre ellos un estado de confusión.»

CAPÍTULO III

LOS BOSQUIMANOS (1)

«El bosquimán es el hijo infortunado del momento.»

G. FRITSCH

Estructura corporal. — Aptitudes. — Vida errante. — Crueldad y valor. — Vestido y adornos. — Armas. — Viviendas. — Utensilios. — Artes y habilidades. — Vida de familia. — Relaciones políticas. — Ideas religiosas. — Sistema de enterramientos. — Leyendas é historias de animales.

Considerado el bosquimán exteriormente, lo que más llama en él la atención es su pequeña estatura: G. Fritsch encontró como talla media de seis hombres desarrollados 144'4 centímetros, y de tres hotentotes-bosquimanos completamente formados 140'2 centímetros. Las excepciones que constituyen algunos individuos parecen ser menores que en otras razas más altas. Otras mediciones que de

(1) El nombre, hoy generalizado de «bosquimán», que los franceses é ingleses usan también en las formas de *boschiman* y *bosjesman*, se lo dieron á ese pueblo los colonos. No necesita explicación alguna, pero no estará de más hacer notar que este nombre genérico ha sido por los ingleses aplicado á algunas tribus negras, por ejemplo de la costa occidental, que nada que ver tienen con estos bosquimanos. Estos se llaman á sí mismos *san*, plural de *sab*, y *sagua*: acerca del significado de estas palabras, no se tiene un conocimiento positivo. Th. Hahn cita dos interpretaciones que le parecen aceptables: «La significación que nos parece más aproximada es la de parias, abyectos, perseguidos; significación confirmada por los hechos. Otra interpretación hace derivar aquella palabra de *san*, seguir, según la cual vendrían aquéllos á ser siervos, súbditos.» Wallmann, antiguo inspector de la misión rhena y luego de la berlina, pretende que *sab* deriva de la raíz *sa*, descansar, y hace, en su consecuencia, de ellos «los (originariamente) sedentarios.» Las denominaciones derivadas como *sonquias*, *saunquias*, etc., las encontramos en antiguos documentos del país del Cabo, pero fueron cediendo cada vez más el paso á la de «buschmanos», es decir bosquimanos. En una relación oficial de 1685, se dice, por ejemplo, que el capitán Glaas, caudillo hotentote, se encontraba en guerra con los «sonjuas, generalmente llamados bosjesmanes.» Los cafres, al ponerse en contacto con ellos, los llaman abatoas, hombres del arco, denominación que se explica por el hecho de ser el arco para los bosquimanos, no sólo la principal arma, si que también la más temible por sus aceradas y envenenadas flechas: los cafres que combaten con la lanza, con la maza y el escudo, y los hotentotes, temen más este arco que los fusiles de los boers.